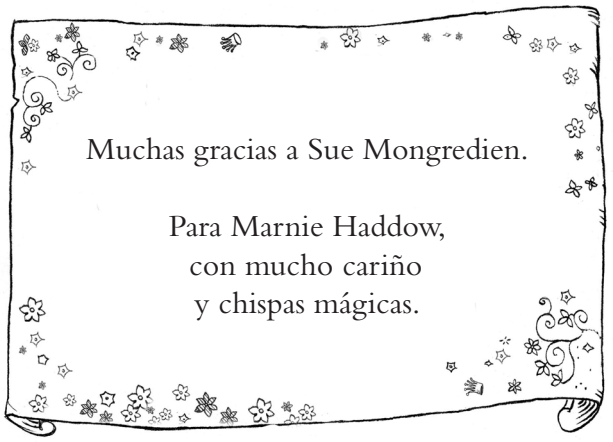
Secret
Kingdom



Primera edición: mayo de 2015

Título original: *Phoenix Festival*
La edición original en inglés fue publicada en 2013 por Orchard Books

Corrección y maquetación: Qüestions

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2013 Hothouse Fiction Limited, por el texto
© 2013 Orchard Books, por las ilustraciones
© 2015 Diego de los Santos, por la traducción
© 2015 La Galera SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Liberdúplex
Ctra BV-2249, km 7,4
Pol. Ind. Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-7.747-2015
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-5387-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

El Festival del Fénix

ROSIE BANKS

Traducción de Diego de los Santos

laGalera

Secret Kingdom

El Festival del Fénix

Índice

Una luz misteriosa	9
Una invitación emocionante	21
El Puente del Pájaro de Fuego	33
¡Bum! ¡Bang! ¡Fizz!	47
Atrapados en la torre	63
La magia del espejo	79
Los últimos fuegos artificiales	89
El vuelo del fénix	101

Una luz misteriosa

—¡Creo que no podría ir vestida con más ropa! —les dijo Abril Pianola entre risas a sus mejores amigas, Rita Miró y Paula Costa—. ¡Casi no puedo ni andar!

Iba vestida con un jersey, unos vaqueros y unas botas, además de un abrigo grueso, una bufanda y unos guantes de lana, por no hablar de unas orejeras afelpadas de color rosa que llevaba por encima de su larga melena morena.

—Lo mismo digo —contestó Rita con

una carcajada. Ella llevaba un gorro con borla, una bufanda y unos guantes además de la otra ropa—. Yo llevo dos chalecos y unos leotardos de lana por debajo de los pantalones. ¡Y aún tengo frío!

Era la noche de los fuegos artificiales y las tres amigas estaban en la Colina de Valledulce con sus familias, esperando a que comenzase el espectáculo. Parecía que todos los habitantes del pueblo estaban allí, muy abrigados y comiendo perritos calientes y manzanas de caramelo. Paula olió el aire frío y reconoció el olor a humo de la leña que ardía en la hoguera. Las llamas doradas se elevaban en la noche, retorciéndose y parpadeando. Aquello casi parecía algo mágico.

—¿Alguien quiere una bengala? —preguntó el padre de Rita, que se acercó con un paquete en la mano.

—¡Sí, por favor! —exclamó Rita.

—¡Yo también! —dijo Paula.

—¡Y yo! —añadió Abril.

El padre de Rita le dio una bengala a cada una.

—Recordad que tenéis que sujetarlas con cuidado, chicas —dijo mientras las encendía y comenzaban a soltar brillantes chispas plateadas—. Hay un cubo de agua junto al puesto de perritos calientes, así que en cuanto se apaguen vuestras bengalas soltadlas en el agua para que se enfríen.

El señor Miró fue a encender otra para Carla, la hermana pequeña de Rita, y dejó que las tres amigas agitasen las suyas para hacer chispeantes dibujos de luz en la oscuridad.

Paula escribió su nombre con la bengala y le encantó cómo chisporroteaba y soltaba

chispas. Rita trazó alocados dibujos que se arremolinaban en el aire, como un garabato gigante. Y Abril describió unas líneas de luz en zigzag que parecieron quedarse flotando en el cielo oscuro durante un segundo antes de desaparecer.

—Las chispas me recuerdan a la magia de hada de Trichi —dijo Paula en tono soñador—. Siempre se ve un intenso

fogonazo cuando le da un golpecito a su anillo para lanzar un hechizo.

—Es verdad —contestó Rita, sonriendo para sus adentros al pensar en Trichi, una de sus muchos amigos de Secret Kingdom, un hada real que ayudaba al rey Félix, el monarca del lugar. Las chicas habían descubierto el Reino Secreto por casualidad al encontrar una pequeña caja de madera en el mercadillo del colegio. Entonces aún no sabían que la caja les haría vivir un montón de aventuras en una tierra mágica.

Cuando se consumieron las bengalas, las chicas las soltaron en el cubo de agua con un chisporroteo. Luego se comieron un perrito caliente cada una: Abril añadió un montón de cebolla frita, Rita le echó un chorro de kétchup y Paula se lo comió sin añadirle nada.

Justo cuando estaban pensando en qué podían hacer a continuación, oyeron una voz que las llamaba.

—¡Estáis aquí, chicas! —dijo la señora Costa, la madre de Paula, acercándose a ellas. Llevaba de la mano a Max y Álex, los hermanos pequeños de Paula—. Paula, cielo, creo que te has dejado la luz de tu habitación encendida. Mira.

Paula y sus amigas se volvieron hacia donde señalaba su madre. La casa de Paula daba a la Colina de Valledulce, pero en aquella oscuridad aterciopelada costaba un poco ubicarla.

Entonces Paula vio una casa con una sola ventana iluminada en el piso de arriba. Pues sí, aquella era su habitación, porque se distinguía una fila de ositos de peluche en el alféizar.

—Lo siento, mamá —dijo, y frunció el ceño—. Pero estoy segura de que la he

apagado —murmuró. Abril y Rita se habían quedado a merendar al salir de clase y se habían cambiado de ropa allí. De hecho, pensándolo bien, recordaba haber apagado la luz al salir porque se habían quedado sumidas en la oscuridad durante unos segundos. Abril había gritado de broma y Paula se había reído mientras buscaba a tientas el interruptor.

—Da igual —contestó su madre—. Intenta acordarte la próxima vez. ¿Lo estáis pasando bien?

—Mmmm —respondió Paula, que solo la estaba escuchando a medias. Volvió a mirar en dirección a su habitación iluminada y se sintió confundida..., hasta que la recorrió un escalofrío de emoción. ¿Podría ser la luz de la Caja Mágica la que estaba encendida?

—Eh... Creo que deberíamos volver para apagarla —se apresuró a decir—. No hay que

malgastar la electricidad. La señora Taylor siempre nos lo dice en clase. Además, solo tardaremos un minuto.

Max dio un pisotón en el suelo.

—¡Yo no quiero volver! —protestó—. ¡Quiero un perrito caliente!

—Podemos ir nosotras tres, mamá, si me das la llave —propuso Paula—. Te prometo que no la perderé. Iremos a casa y volveremos directamente.

Vio que Rita y Abril la miraban con perplejidad, pero sabía que no podía hablar de la Caja Mágica delante de su madre. Las tres amigas eran las únicas que estaban al corriente de sus aventuras mágicas y querían mantenerlo en secreto.

La señora Costa también se sorprendió.

—No te preocupes —dijo—. No es necesario que...

—Solo tardaremos un minuto —contestó Paula—. Por favor. De todos modos, necesitaba ir al cuarto de baño.

Cruzó los dedos por detrás de la espalda. Lo del cuarto de baño no era estrictamente cierto, pero tenía muchas ganas de volver a su habitación para investigar.

Si la Caja Mágica las estaba llamando a Rita, a Abril y a ella, tenían que acudir.

—De acuerdo —dijo la señora Costa mientras Max y Álex intentaban arrastrarla hasta el puesto de perritos calientes. Su madre les soltó la mano durante un segundo para buscar la llave en el bolso—. Llevaos también mi linterna —añadió pasándosela a Paula—. Y volved directamente, ¿vale? No hagáis travesuras.

—Te lo prometo —contestó Paula—. Gracias, mamá. No tardaremos.

Mientras la señora Costa y los niños se alejaban, Abril y Rita se quedaron mirando a Paula con curiosidad.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Abril.

Paula sonrió y señaló hacia su habitación.

—Sé que he apagado la luz —dijo echando a andar a buen paso hacia su casa—. Así que la luz que se ve solo puede salir de...

—¡La Caja Mágica! —exclamó Rita, y echó a correr—. ¡Vamos! ¿A qué esperamos? ¡Trichi nos necesita!